

El sonido calló al bisabuelo

La familia de Buenaventura Ibáñez recupera la figura del actor catalán que trabajó con Buñuel pero sucumbió ante el cine sonoro

RUT DE LAS HERAS BRETÍN, Madrid
El día que César Ibáñez Cagna vio a su padre en la televisión decidió sacarlo del armario. Ponían *La edad de oro*, de Luis Buñuel, y, de repente, se topó con la imagen de Buenaventura Ibáñez Pallarés con el rostro plagado de moscas. Él sabía que su progenitor había sido actor, pero nunca llegó a profundizar en su carrera, en parte por "la mala vida" que esta le había dado, dice Rafael Ibáñez Hernández, nieto del intérprete. Tras ver la película, Ibáñez Cagna decidió organizar todo el material que conservaba de su padre: fotografías, postales, contratos, carteles de estrenos, entradas, recortes de periódicos... y, así, devolver un poco a la vida a quien había interpretado a multitud de personajes en más de ochenta filmes y a quien, como a tantos otros actores, el cine sonoro enmudeció dejándolo relegados al olvido.

Buenaventura Ibáñez Pallarés (Barcelona, 1876-1932) era un actor que se dedicó a la pantomima. Comenzaba el siglo XX y este género no muy aclamado por la crítica pero sí por el público abundaba en teatros y barracas del recién estrenado Paral·lel barcelonés, entonces avenida del Marqués del Duero, y que algunos quisieron comparar con el parisense Montmartre. Otros, los más socarrones sobre la nueva Barcelona en construcción, decían: "Quisimos hacer un pequeño París y nos ha resultado un Sabadell engrandecido". En estas salas se forjó la carrera de Buenaventura, trabajó con algunos de las mejores compañías, como la de los Onofri, incluso montó la suya. Pero a pesar de su gran repertorio, de su ingenio para escribir, dirigir y actuar, de su rostro pierrotesco y de su amplitud de registros, la pantomima (cultivada por maestros como Gómez de la Serna o Lorca) fue cayendo en decadencia mientras otras artes, como el cine, empezaban a despegar.

Así, en 1909, Ibáñez Pallarés emigró a Italia donde la industria cinematográfica tenía más relevancia. El cine mudo recurrió a mimos como él y ahí, creyó que encontraría su filón.

Los datos de este actor que han llegado hasta hoy se deben fundamentalmente a la recopilación



Buenaventura Ibáñez, como Dandolo en *El puente de los suspiros* (1921), de Domenico Gaido.

ción que su bisnieta, Carla Ibáñez Acinas, ha hecho para realizar el documental *Buenaventura Ibáñez, un recuerdo sin voz*. A partir de ese armario en el que se quedaron silenciados los pocos recuerdos que conservaron ha ido recuperando la figura de Buenaventura, *El Nonno* (abuelo en italiano),

para ella. De pequeña veía le contaban que su bisabuelo había sido actor y ella se preguntaba: "¿Cómo Brad Pitt?", esas eran las referencias de esta burgalesa de 24 años, luego buscaba en Google y no encontraba nada. Fue a partir de sus estudios de Comunicación Audiovisual en la Universidad Nebrija y, sobre todo, tras cursar Historia del Cine cuando decidió hacer un documental sobre Buenaventura como trabajo fin de grado. Lo que era un recuerdo y un mueble familiar se ha convertido en una película de carácter enciclopédico donde ha compilado los trabajos de su bisabuelo y el contexto en el que se produjeron: cuando el cine comenzaba y la industria en España era tan floja —solo había algo en Barcelona— que se marchó a Italia y a Francia donde hizo carrera.

Su apuesta figura le llevó a participar en más de ochenta películas —"y las que me quedan por descubrir", apunta su bisnieta— como *Cabiria* (1914), con guion de Gabriele D'Annunzio; *El puente de los suspiros* (1921), de Domenico Gaido; varias del director italiano Augusto Genina, del que la familia conserva correspondencia; *Cinópolis* (1930), en la que aparece Imperio Argentina... Según se iba desarrollando la técnica, Buenaventura, que era un eterno secundario, fue perdiendo oportunidades. Hablaba varios idiomas pero ninguno bien, el sonido, paradójicamente, le dejó más mudo. Aún así, todavía, trabajó con Buñuel y alguien sería cuando pidió doble salario por aparecer con la cara llena de moscas, por el perjuicio que eso podría suponer a su imagen. La marca Buñuel/Dalí también estaba en construcción.

Después: la decadencia. Buenaventura regresó a Barcelona donde únicamente encontró trabajo de acomodador de cine. Cuando murió, en un periódico local solo apareció una nota en la que se contaba que los compañeros de clase de César Ibáñez Cagna, su hijo, estaban recaudando dinero para que el niño pudiera volver con su madre a Italia. Llegó el caso de una historia ya contada en películas como *El crepúsculo de los dioses*, *Cantando bajo la lluvia* o *The Artist*: el cine sonoro hizo invisibles a actores del mudo.